

POEMAS PERIODÍSTICOS



Marzo de 1936. Luis de Tapia le muestra a Juan Belmonte la medalla que le acaba de otorgar el Ayuntamiento de Madrid.

Luis de Tapia

POEMAS PERIODÍSTICOS

Antología comentada

Edición de *Álvaro Ceballos Viro*

SEVILLA



AÑO 2013

RENACIMIENTO
BIBLIOTECA DE RESCATE

www.elboomeran.com

BIBLIOTECA DE RESCATE

Director literario: *José Esteban*

Editado con una ayuda de
FONDS SPÉCIAUX DE LA RECHERCHE
(Université de Liège)

© Edición: Álvaro Ceballos Viro

© 2013. Editorial Renacimiento

www.editorialrenacimiento.com

POLÍGONO NAVE EXPO, 17 • 41907 VALENCINA DE LA CONCEPCIÓN (SEVILLA)
tel.: (+34) 955998232 • editorial@editorialrenacimiento.com

Diseño de cubierta: Equipo Renacimiento

DEPÓSITO LEGAL: SE 1573-2013 • ISBN: 978-84-8472-800-9

Impreso en España • Printed in Spain

PRÓLOGO



Invierno de 1932-1933. Luis de Tapia y José Ortega y Gasset.

LA ABEJA

EL 13 de noviembre de 1898 ingresaba en la Real Academia Española el famoso *Fernanflor*. Para entonces, ese folletinesco pseudónimo apenas si engañaba a nadie: detrás de él estaba Isidoro Fernández Flórez, fundador del primer suplemento literario de la historia española, «Los Lunes de *El Imparcial*», y de uno de los grandes diarios de la Restauración, *El Liberal*. Su discurso de recepción versaba precisamente sobre las relaciones entre literatura y periodismo. De todo texto impreso –explicaba *Fernanflor*–, el periodístico es el más efímero, pues antes de que acabe el día en que salió de las prensas ya se encuentra envolviendo pescados en la tienda de ultramarinos, o transformado en cucurucho de almendras garrapiñadas. Su discurso fue un vehemente alegato a favor de un medio que gran parte de la sociedad seguía viendo como vulgar instrumento del arribismo político, como responsable de la perversión de la prosa o, en definitiva, como simple papel de envolver. En cuanto al oficio de periodista, no exigía ninguna formación concreta, era inestable, estaba mal pagado, carecía de protección frente al plagio o la censura y a veces no ofrecía mayor retribución que algún pase gratuito para los estrenos teatrales. Pero a pesar de los pesares –advertía el nuevo académico– es el periodista «quien

derriba gobiernos, quien instituye dictaduras, quien agita las muchedumbres, quien obscurece o ilumina las conciencias»¹.

Precisamente la víspera del día en que *Fernanflor* leyó su discurso de ingreso en la Academia, la vistosa revista barcelonesa *El Gato Negro* incluía por segunda vez una colaboración de un tal Luis de Tapia Romero. Esta firma pertenecía a un madrileño de 27 años recién cumplidos, que había aprobado pocos meses atrás las últimas asignaturas de Derecho, aunque aún le quedaba por superar el temido examen de grado que daba acceso al título; lo realizaría con éxito unos meses más tarde, tras una exposición oral sobre las Hermandades de Castilla², pero quizá entonces ya intuyese que nunca ejercería la carrera y que su auténtica profesión sería la de derribar gobiernos, agitar muchedumbres e iluminar las conciencias desde las columnas del papel de envolver. Y que además lo haría en verso.

El padre de Luis de Tapia había fallecido cuando él apenas contaba pocos meses de edad, de manera que quien lo crió fue fundamentalmente su padrastro, Nicanor de Zuricalday. Éste había sido a finales del siglo XIX colaborador ocasional de *La Ilustración Española y Americana*, y autor no del todo desconocido de leyendas en verso y de poemas fueristas. El virus versificador hacía estragos en la sociedad decimonónica, y en ambiente tan proclive no puede extrañar que el joven Luis de Tapia contrajera «esa manía, / esa especie de métrica estangurria», como decía Bretón de los Herberos³. El propio Tapia recordaría que, siendo aún pequeño, hizo sus primeras armas poéticas con un sonetazo de circunstancias que algún envidioso atribuyó al duque de Rivas⁴. Y a la altura de 1898 la afición no sólo no había desaparecido, sino que había terminado por imponerse a todo otro interés.

Las planas de *El Gato Negro* acogían sin distinguos a escritores modernistas, a festivos de *Madrid Cómico* e incluso a viejos costumbristas, envueltos todos ellos en fenomenales ilustraciones de Apeles Mestres, *Caran D'Ache* o Xaudaró. Sólo en sus últimos números Luis de Tapia contó con una

sección regular, titulada «Semana política», en la que hacía croniquillas en verso y prosa que a veces rezumaban un regeneracionismo vitriólico:

*Dos cosas han de evitar
que España se vaya a pique
..... el amor a trabajar
y la obligación de ahorcar
cada pueblo a su cacique*⁵.

En las planas de la prensa diaria de aquel siglo moribundo comenzaba a ser frecuente el comentario en verso de la actualidad. El diario *El País* contaba con los servicios de Antonio Palomero, quien popularizó el pseudónimo *Gil Parrado*; para *El Evangelio* rimaban sus croniquillas autores enmascarados como *Nicanor* o *El Bachiller Canta-Claro*; José Estraña daba sus «Pacotillas» en *La Voz Montañesa*; para *El Liberal* versificaba nada menos que el inagotable creador de *La Gran Vía*, Felipe Pérez y González, a cuyo multitudinario entierro, presidido por Canalejas, asistiría Tapia el 17 de marzo de 1910. En años sucesivos surgirían nuevos poetas-periodistas: Pastor Mata en *El Mercantil Valenciano*, César Alvajar en *La Voz de Galicia*, Carlos Miranda en *El Liberal*, y un indocumentado *Microbio* en *El Parlamentario*; en *El Socialista*, un tal *Maligno*, que acaso fuera un pseudónimo colectivo. Juan Pérez Zúñiga y Antonio Casero versificaron a menudo para *ABC* y *Heraldo de Madrid*, aunque sus comentarios eran menos afilados que los de sus colegas. En *El Radical* de Valencia publicaba *Mingo Revulgo*, nombre de pluma de Joaquín González Pastor, el cual también firmó numerosas gacetillas en verso para *España Nueva*; en la redacción de este último diario coincidió con Luis de Tapia y con Francisco Serrano Anguita (*Tartarín*), quien a su vez, ya en los años 1920, escribiría versos políticos para el diario *Informaciones*. En esa tercera década del nuevo siglo, y sin ánimo de exhaustividad, cabe mencionar los poemas políticos de Juan

Gil en *El Motín*, los de Francisco Belmonte en *El Progreso* de Albacete o los de Manuel Feijóo y Torres en *El Presidencialista*. Pero en esas tres décadas largas que van desde el Desastre colonial a la Segunda República el poeta político español más conocido, más leído, más comentado y seguramente también el más prolífico fue Luis de Tapia.

El estilo de estos poetas-periodistas no era ya el modelo esproncediano –que había llegado hasta los poetas finiseculares de *Democracia Social*–, y desde luego estaba aún muy alejado de la poesía impura de los años 30, nerudiana o neopopularista. Aunque su precedente inmediato eran los satíricos del sexenio revolucionario, como Manuel del Palacio o Juan Martínez Villergas, lo que Tapia y sus colegas hacían mantenía también una estrecha relación con el género, aún novedoso, de la crónica periodística, ese comentario abiertamente subjetivo de la actualidad social, pero también y muy principalmente política.

Luis de Tapia fue, junto con Cristóbal de Castro, uno de los fundadores del periódico republicano *El Evangelio*, cuyos primeros nueve números se repartieron gratuitamente y galvanizaron al público lector de la capital. Allí escribía Tapia unos poemas titulados genéricamente «Salmos evangélicos», que firmaba con el pseudónimo *David*. En 1903 recopiló algunos en un pequeño volumen que tuvo la fortuna de ser reseñado por Mariano de Cavia en *El Imparcial* el 17 de abril del mismo año. Tapia se referiría con frecuencia a esta reseña, que fue, según le escribió años después a Benito Pérez Galdós, «la que me dio la alternativa de poeta satírico»⁶. Muchas otras serían las columnas y cabeceras que publicarían sus versos a lo largo de los siguientes treinta y tres años: «Chinitas» en *El País*, «Coplas del viernes» en *ABC*, «Bombones y caramelos» o «Postales parlamentarias» en *España Nueva*, una interesante serie de pliegos de aleruyas (algunos publicados de forma exenta) en *La Jornada*, «Frescas» en *Vida Nueva*, «Los domingos de Luis de Tapia» en *La Zarpa*... y su sección por excelencia, las «Coplas

del día», sintagma que acabó fijando la denominación de su producción poética en general: «Coplas del día» se publicaron regular y sucesivamente en *El Imparcial*, *La Opinión* y *La Libertad*. De manera más ocasional sus versos encontraron también acomodo en las planas de *Alma Española*, *Madrid Cómico*, *La Esfera*, *La Hoja de Parra*, *Toros y toreros*, *Vida Socialista* y *¡Ayuda!*, la revista que editó desde 1936 el Socorro Rojo Internacional; poemas aislados se encuentran en las colecciones de *La Lidia*, *El Luchador*, *Fray Lazo* o *Prometeo*. No era raro que sus poemas se reimprimieran pocos días después en periódicos de provincias como *El Pueblo* de Valencia, *La Voz de Menorca* o *El Noticiero* de Zaragoza, a veces omitiendo el nombre del autor. Entre 1907 y 1908 Tapia dirigió el semanario *¡Alegría!*, en el que muchos de los textos sin firma proceden indudablemente de su pluma⁷, y en 1913 fundó junto con Luis Bello el ambicioso boletín bibliográfico *Revista de Libros*. No debe olvidarse, por último, que además de todas las secciones rimadas Tapia escribió otras en prosa para diarios y revistas como *Nuevo Mundo*, *El Motín*, *Blanco y Negro*, *Hoy*, *El Teatro (revista de espectáculos)*, *La Semana*, *Buen Humor*, *Muchas Gracias* o *La Calle*.

Tapia publicó varias antologías de sus poemas periodísticos. Lo hizo con los «Salmos» de *El Evangelio*, y en 1911 con los «Bombones y caramelos» de *España Nueva*. Pérez Galdós prologó este último volumen, elogiando esas «composiciones breves, epigramáticas», comparables a «la labor de las menudas abejas que simbolizan el picor y la dulzura»⁸. Esta imagen recuerda inevitablemente la definición apícola que Rubén Darío hizo de la poesía de Campoamor: «abeja es cada expresión / que, volando del papel, / deja en los labios la miel / y pica en el corazón»⁹. En los años siguientes, la editorial Renacimiento publicaría varias recopilaciones de poesías de Tapia, y en sus cubiertas figuraría, a modo de emblema literario, una abeja posada en una lira (el «arpa» de *David*, que también mencionaba en su prólogo el novelista canario).

Entre tanto, nuestro poeta se había casado con Pilar Bolívar Pieltain, hija del famoso entomólogo e institucionista Ignacio Bolívar¹⁰; con ella tendría tres hijos: Luis, Alma y Daniel. Entonces forjó también algunas de sus muchas y variopintas amistades: entre sus íntimos se contaban Ramón Pérez de Ayala, Gregorio Martínez Sierra, Gregorio Marañón, el ilustrador Francisco Sancha y el torero Juan Belmonte. Galdós, en cambio, pertenecía a una generación anterior: Tapia admiró en él al correligionario genial y al autor de *Electra*, y desde 1921 sería uno de los incondicionales de la cita anual que cada cuatro de enero –aniversario de la muerte del novelista– congregaba a sus admiradores en el parque del Retiro, frente a la estatua que le hiciera el escultor Victorio Macho.

Al igual que Galdós, a la altura de 1906 Luis de Tapia ya había concretado su rechazo del sistema político de la Restauración en el apoyo activo al republicanismo radical¹¹. En mayo de aquel año entró, de la mano de Cristóbal de Castro¹², en la redacción de *España Nueva*, el diario del radical donostiarra Rodrigo Soriano. José María Salaverría definió *España Nueva* como un periódico «ágil y suelto, de maneras hartamente atrevidas y con una irremediable inclinación a lo bullanguero, a lo escandaloso»¹³, adjetivos que cuadraban igualmente a su director y a su poeta. Tapia se involucró en este proyecto periodístico más allá de lo que exigía el deber profesional, apoyando a Soriano en lo más duro de la polémica con Lerroux, a principios de 1911, como demuestra el hecho de que el 7 de febrero participase junto a aquél en un mitin en el casino republicano de Córdoba¹⁴. Pocos días después, Soriano se sumaba a la Conjunción republicano-socialista, junto con Galdós, Pablo Iglesias, Gumersindo de Azcárate o Melquiades Álvarez. En varias ocasiones, entre 1909 y 1914, Luis de Tapia se presentó como candidato republicano por el distrito de Córdoba, pero el voto rural, manejado por los caciques, siempre dio la victoria al candidato previsto en el encasillado, que era Antonio Barroso.

En junio de 1916 causó baja en *España Nueva* y se distanció de su gerente, Rodrigo Soriano; es probable que en esa defección pesase mucho la inesperada conversión del periódico a la germanofilia (conversión favorecida, según los rumores, por «el oro del Rin»)¹⁵. Poco después rechazó el ofrecimiento de Soriano de hacer campaña con él en Valencia; de no haberlo rechazado, es posible que hubiera recibido alguna de las balas que hirieron al líder radical en febrero de 1917, cuando se dirigía a un mitin¹⁶. Pocos meses antes, Tapia había comenzado a escribir su poema diario para las planas de *El Imparcial*, que aún dirigía Félix Lorenzo, que todavía avalaba la prestigiosa pluma de Mariano de Cavia y que, a pesar de haber perdido muchos lectores, seguía tirando sus buenos 60.000 ejemplares diarios¹⁷. Para esta cabecera escribió Tapia, en la primavera de 1918, las crónicas de guerra que recogería en el volumen *Un mes en París, un día en Reims, una hora en Madrid*. Un año después rompía la colaboración: el 14 de mayo de 1919 *El Imparcial* publicaba una carta que el poeta acababa de remitir a quien entonces era su director, Ricardo Gasset Alzugaray, y que decía así:

Querido Ricardo: A regañadientes, como sabes, y con algún sonrojo, he venido sufriendo días y días las mutilaciones con que la censura se ha dignado *desgraciar* mis versos.

La cobardía ambiente y el hábito vergonzoso que los periodistas vamos tomando de usar una dignidad profesional disminuida me han contaminado, haciéndome tolerar hasta hoy el ultraje. Pero todo tiene un límite, y, confesando mi pecado de mansedumbre, quiero cuanto antes poner remedio al mal.

Mientras no haya en *El Imparcial* libertad absoluta para mis «Coplas» guardaré silencio. No quiero que el ruido del rasgueo de la guitarra me impida oír la voz de mi decoro.

Con tal silencio los lectores no perderán mucho. Yo, en cambio, ganaré algo, y aun algos, en mi propia estimación.

Y nada más, querido Ricardo.

Un cordial abrazo para ti, y otros muchos para mis compañeros en esa Casa, te envía tu siempre amigo, *Luis de Tapia*.

Volvería a publicar en la misma cabecera a finales de septiembre, se conoce que sin mucho convencimiento, pues al mismo tiempo enviaba aleyas a *La Jornada* y anunciaba en *Los Aliados* colaboraciones que nunca llegaron a aparecer, hasta que finalmente, en marzo de 1920, entró en la redacción de *La Libertad*. En ella coincidió con republicanos tan conspicuos y batalladores como Roberto Castrovido, Eduardo Ortega y Gasset, Pedro de Répide o Antonio Zozaya. La caracterización ideológica de esta cabecera resulta, pese a todo, problemática, habida cuenta que durante varios años sirvió declaradamente a los intereses políticos de Santiago Alba, representante de la izquierda dinástica, y que su propietario era el poco escrupuloso empresario Juan March. Luis de Oteyza, el primer director de *La Libertad*, afirmaría más tarde que su diario «obtuvo el mayor éxito periodístico registrado en España», pues tiraba todos los días «sus buenos doscientos mil ejemplares»¹⁸. Es más verosímil que, según consta en los archivos del director de Papelera Española, la tirada media de *La Libertad* hacia 1925 rondase los 45.000 ejemplares; aun así, sería el cuarto periódico madrileño en orden de importancia, tras *ABC*, *La Voz* y *El Sol*; y, si se considera que el diario de Luca de Tena *sólo* vendía en Madrid el 25% de su tirada, que el 80% de los ejemplares de *El Sol* eran distribuidos en provincias y que *La Voz* era vespertino, *La Libertad* podía presentarse con justicia como «[e]l periódico de la mañana [...] más difundido en la Corte, principalmente por el gran número de suscriptores que tiene», y gracias también al hecho de contar «con el cronista de más lectores en la Corte: Zozaya»¹⁹. Tapia permaneció en aquella redacción hasta el final de sus días, aunque tampoco dejase de publicar en otros medios, y aunque

en varios periodos interrumpiera su colaboración, a veces durante largas temporadas.

Desde su tribuna de papel Tapia animó incesantemente el debate político y abanderó numerosas campañas, unas más resonantes que otras: la que emprendió en favor de la liberación de José Nakens, implicado en el magnicidio frustrado de Mateo Morral; sus colectas para socorrer a los niños rusos víctimas de la hambruna de 1922, o a los niños alemanes en lo peor de la crisis inflacionista; las varias cuestaciones para comprar juguetes a los niños pobres y, ya proclamada la República, la insistente petición de un indulto general y de la abolición de la pena de muerte, pues consideraba que casi nunca era la maldad la que conducía al crimen, sino la enfermedad, la miseria y el determinismo social.

A finales de 1922 Tapia ingresó en la junta directiva del Ateneo de Madrid, primero en calidad de depositario y luego de secretario primero. Allí destacó en la campaña que exigía la depuración de las responsabilidades de las desastrosas campañas de Marruecos. En julio de 1926 fue encarcelado junto con los demás miembros de dicha junta, a excepción de Gregorio Maraón, que ya estaba en la cárcel, y de Gustavo Pittaluga, que se encontraba de viaje. Pasó una semana en la Modelo, en condiciones por lo demás poco preocupantes: según parece, el día en que lo detuvieron su mujer se llevó a los niños al cine, y Juan Belmonte, que lo visitó en su celda, dijo que allí se estaba «mejor que en la fonda de Badajoz»²⁰. La cárcel no dejaba de ser por ello un lugar sucio y lleno de piojos²¹, y si el sentido del humor confortaba en la desgracia personal, no adelantó ni un minuto la restitución de la junta legítima del Ateneo, que sólo sería repuesta el 12 de febrero de 1930. Para entonces, eran muchos quienes veían en Luis de Tapia a uno de los más vehementes antagonistas de la monarquía. Tanto es así que el día de la proclamación de la Segunda República el poeta fue objeto de lo que *La Libertad* denominaba «delirantes demostraciones de admiración y

de cariño»; leamos con algo más de detalle el relato de los acontecimientos, tal y como se publicó al día siguiente en aquel periódico:

Recorría ayer tarde nuestro camarada las calles, cuando la multitud le reconoció, prorrumpiendo en estruendosos aplausos y vivas. Alguien pidió que el poeta hablase, y entonces Luis de Tapia, que se dirigía a *La Libertad*, sacó las cuartillas en que había escrito las bellísimas coplas que hoy publicamos y las leyó al pueblo.

La muchedumbre, emocionada y enardecida, ovacionó al gran poeta, cuyos versos saben llegar al alma popular.

Estas delirantes ovaciones y estas lecturas en las calles de la Montera, Arenal y Puerta del Sol, frente al ministerio de la Gobernación, constituyeron grandiosas muestras de entusiasmo y de fervor republicano²².

Aquel día, según confesaría más tarde, Tapia lloró «como un hombre» lágrimas de agua «salada y civil»²³. En reconocimiento a su labor, el gobierno de la joven República le ofreció una embajada, que él rechazó, creyendo ser más útil al pueblo con sus poemas; así lo explicó él mismo, antes de añadir que «si votarme un día / quiere la gente, / pues seré *diputado / constituyente*»²⁴. Y eso fue lo que ocurrió: el 28 de junio de 1931 fue elegido diputado en la circunscripción de Madrid, con 115.344 votos²⁵.

Sería prolijo detallar su actividad parlamentaria, que encontró una poderosa caja de resonancia y una vía de prolongación en sus poemas diarios. Desde el escaño y desde la columna apoyó el estatuto de Cataluña, trató de contener las impacencias de los comunistas, se burló de las apariciones de Ezquioga, solicitó que se levantase la suspensión de los periódicos conservadores, censuró la represión de Casas Viejas y, entre otras muchas cosas, terció en el debate del divorcio pidiendo el amor libre. No era infrecuente que estas opiniones entrasen en contradicción con lo decidido por el gobierno de la República, o con la línea editorial del periódico; tanto es

así que en mayo de 1933 Luis de Tapia escribió una cordial carta a Joaquín Aznar, director de *La Libertad*, por la que suspendía indefinidamente su colaboración, debido sobre todo a diferencias de matiz político, aunque también –añadía– al deseo de disfrutar de un merecido descanso.

El turbulento clima político de febrero de 1936 lo sacaría de esa especie de prejubilación poética. Los versos que publicó en *La Libertad* durante los primeros meses de la guerra civil fueron muy comentados y reproducidos. Un día cantaba a los tranviarios, otro a los médicos y enfermeras, otro a los aviadores, a los marineros, a los periodistas, a las mujeres, a los niños, a la milicia popular y a los que desde la retaguardia o desde Rusia enviaban mantas y víveres para los combatientes. Algunos de esos textos recibieron melodía y se transformaron en auténticos himnos de guerra. Juan Ferragut escribía entonces que esas coplas «han tenido su mejor premio en hacerse populares, en que las canten en desfiles y en la batalla las masas del pueblo que combaten; coplas que vibran en los altavoces de propaganda y suenan en los cuarteles y difunden su eco en los campos de lucha»²⁶.

Luis de Tapia murió en la tarde del 11 de abril de 1937, en el sanatorio de Quart de Poblet, cerca de Valencia. A su entierro acudieron, entre otros, Antonio Zozaya, Roberto Castrovido y Eduardo Ortega y Gasset. Es muy posible que alguno de ellos evocase entonces un acontecimiento ocurrido un año atrás, el 21 de marzo de 1936. Aquel día Tapia había recibido de manos del alcalde, Pedro Rico, la medalla de Madrid. Otros tres republicanos madrileños recibieron ese día el mismo galardón: el hermano de Eduardo, José Ortega y Gasset; Castrovido, que no pudo asistir personalmente por encontrarse enfermo; y Zozaya, que sí pudo ir, y fue, y se sentó a la izquierda de Tapia. Comenzaba la última primavera en paz de la República, y muchos años más tarde el editor José Ruiz-Castillo Basala recordaría que entonces Tapia aún parecía ágil y fuerte, incluso más ágil y más fuerte que su común amigo el torero Belmonte, «a quien llevaba muchos años»²⁷. Al

día siguiente de la imposición de la medalla de Madrid, *La Libertad* transcribió el discurso que Tapia había pronunciado al recibirla:

Creo que me la merezco porque me he pasado toda mi vida ejerciendo un arte alegre y mañanero. Yo, por las mañanas, hago sonreír o reír a las gentes; durante treinta y cinco años las gentes me han debido un coeficiente de alegría, y de alegría tenida por la mañana, cuando empieza el día, cuando les parece un nuncio de que el día va a ser alegre y feliz. No a todos los [*sic*] hará gracia mi poesía; pero esa es la naturaleza de la sátira, un poco abeja, que es picadura y dulzura y que es hiel y miel; pero prefiero dar la hiel a los que puedan hallarla en mis versos, por defender la miel pura, la miel del pueblo.

Fiel a sus principios y a sus maestros, Tapia retomaba casi al pie de la letra la imagen que Galdós le había regalado veinte años antes: la abeja menuda y laboriosa, símbolo del picor y la dulzura.

LA LIRA

COMO queda dicho, el 13 de noviembre de 1898 ingresó en la Real Academia Española el famoso *Fernanflor*. Y en su discurso de ingreso *Fernanflor* también advertía que al periodista no se le pide que escriba bien, sino que escriba pronto. Tenía razón: las musas se toman las cosas con mucha más tranquilidad que los linotipistas. Mario Verdaguer frecuentó aquellas redacciones del 1900 y recordaba a cierto regente de imprenta que, descompuesto por tener las máquinas desocupadas y viendo acercarse peligrosamente la hora de vocear los ejemplares, se apostaba detrás de los redactores para quitarles las cuartillas apenas levantasen de ellas la pluma, y aun les metía prisa blandiendo un revólver (eso sí, descargado)²⁸. Tapia

no necesitaba que le amenazasen: para él la inspiración era un invento de los perezosos, y la escritura de sus poemas estaba sometida a método y horario: «Me levanto a las ocho. Los periódicos de la mañana me traen los temas. Entonces hago las coplas para *La Libertad*. A las once, a las doce, salgo, si el tiempo me deja [...]. Después del almuerzo, al Parlamento. Un rato a Bellas Artes, y a casa»²⁹.

Un detalle interesante de esta declaración es que los poemas de Tapia comentan las noticias leídas en *varios* periódicos. Lo confirma, por ejemplo, el hecho de que en tres poemas consecutivos de *España Nueva* (publicados los días 4, 6 y 8 de febrero de 1908) aludiese a noticias leídas en tres diarios distintos: *La Correspondencia de España*, *El Imparcial* y *El Liberal*. Esto explica que muchos de los poemas tapianos sean difíciles de descifrar aun habiendo leído los números anteriores de la cabecera que los acoge. Ahora bien, resulta poco verosímil que Tapia esperase de sus lectores una lectura combinada y crítica de distintos periódicos; más probable es que presupusiera la existencia de una opinión pública formada en la síntesis hablada de varias fuentes, alimentada en tertulias, casinos y bulevares, en torno a veladores y braseros, donde la prensa era objeto de una lectura oral y compartida.

Tapia ironizó con frecuencia sobre la sofisticada esclavitud que suponía escribir un poema diario, sobre el «tormento de fruncir las cejas / en busca de un asunto»³⁰. Era el asunto, más que la forma, lo que le costaba sudores. La escansión le resultaba fácil y ni siquiera parece que acudiese a diccionarios de la rima: el de Juan Peñalver, que era entonces el más difundido, es del todo insuficiente para explicar sus versos más funambulistas. Y hay que tener en cuenta que, una vez pergeñado el poema, todavía quedaban escollos por superar. En ocasiones era el servicio de correos el que introducía retrasos absurdos, como ocurría con los originales que enviaba en verano desde San Rafael o desde El Escorial –localidades de la provincia

de Madrid—, que tardaban dos días en llegar a la redacción, ya que las sacas de correo se transportaban primero a Segovia³¹. Otras veces un acontecimiento de singular importancia obligaba a retirar su colaboración de la forma tipográfica; el 13 de enero de 1914, por ejemplo, una nota de la redacción de *España Nueva* explicaba que el poema de Tapia no había cabido en el número anterior. Y con no poca frecuencia, en fin, los versos caían bajo el lápiz rojo del censor, que los mutilaba hasta dejarlos irreconocibles o —peor aún— decretaba la retirada de los ejemplares de esa edición, con el consecuente perjuicio económico para la empresa.

Si, como recordaba uno de aquellos censores, la redacción de *La Libertad* fue, en su conjunto, la que más se opuso a la dictadura de Primo de Rivera, los ataques más frecuentes procedían de «las ingeniosísimas coplas de Tapia, aguzadas y certeras saetas lanzadas diariamente al dictador y su obra»³². El lápiz rojo las trató con especial inquina, y provocó que muchos días el diario apareciera sin ellas³³. Aun así, es probable que bastantes de esos poemas tachados tuvieran una difusión oral o furtiva en unos años en los que, de acuerdo a Gregorio Marañón, «casi todos los versos clandestinos que aparecían se atribuían a Luis de Tapia»³⁴.

De cien poemas —protestaba Tapia, exagerando— le tachaban noventa³⁵, y los textos que finalmente obtenían el *nihil obstat* carecían de gracia y de agudeza, como él mismo era el primero en admitir³⁶. Durante un tiempo jugó con la idea de dar a las prensas un volumen con todos los poemas que le habían impedido publicar en los años precedentes, y que quería titular *Lo que tachó la Censura*, pero por desgracia nunca lo llevó a cabo³⁷. Aunque el directorio de Primo concluyó en enero de 1930, la censura no concedió treguas; más bien al contrario: Tapia afirmaba entonces que cada vez era más difícil encontrar de qué escribir sin atraerse represalias y, a guisa de demostración, el 7 de marzo de 1930 publicó una serie de canciones tradicionales de corro y comba, rematadas con el verso «¡Buenos días, señor censor!».

Claro que había maneras discretas de hacer un comentario social, y entre ellas sobresale por su frecuencia el *tiempo*, que en la poesía de Tapia ostenta una inesperada dignidad temática. El poeta sabía que la percepción del tiempo no es neutra, sino que está marcada socialmente y vehicula, por lo tanto, un tenue discurso ideológico. Él mismo nos proporciona un ejemplo sencillo y divertido en uno de los artículos de costumbres que escribió para *Blanco y Negro*, y que recogió muchos años después en el volumen *Así vivimos*. Se trata de algo en apariencia tan trivial como la mañana: para las clases populares, dice, la mañana es «un conjunto desagradable de niebla, frío, trasnochadores y burras de leche»; en cambio, para la aristocracia «la mañana se reduce a tomar un aperitivo a las *doce* y ver a las señoras (¡Dios las bendiga!) pasear de *doce* a *una*»³⁸. No hay, en otras palabras, una única mañana, sino varias mañanas, que ni siquiera transcurren simultáneamente, puesto que para unos equivale a la madrugada, y para otros al mediodía, y hasta a la tarde.

El tiempo se mide en horas, pero también en días, que a su vez pueden considerarse desde distintos calendarios, grávidos de significado cultural:

1. Los versos de Tapia siguen a menudo el calendario meteorológico, jalonado por los maullidos de los gatos en enero, el desorden de «febrerillo el loco», las temporadas del espárrago y de la fresa, la llegada a la ciudad de los vendedores de horchata, el canto de los grillos en junio, la venta de buñuelos a finales de octubre, los puestos de castañas asadas que anuncian el invierno, y con el invierno las nevadas y la gripe. Son las cuatro estaciones vistas desde la ciudad, o la ciudad vista por alguien que mide el tiempo en estaciones.

2. Algo más sorprendente resulta la presencia en estos poemas del santoral católico, desde la Epifanía hasta los Santos Inocentes, pasando por San Antón, la fiesta de la Candelaria, el miércoles de Ceniza, la Semana Santa, el domingo de Gloria, el de Pentecostés, San Isidro, San Antonio

de Padua, el día de Difuntos y Navidad. En manos del poeta republicano, no obstante, estas festividades religiosas son vampirizadas por consideraciones políticas, o sufren un trato irrisorio que en ocasiones se consideró blasfemo, como demuestra alguno de los poemas recogidos en esta antología. Por lo demás, las efemérides religiosas marcan a menudo paréntesis de ocio, que también vuelven periódicamente en las poesías de Tapia: algunos santos o advocaciones marianas se celebran con verbenas, y otras veces el calendario litúrgico se confunde con las vacaciones que demarca o con las expansiones que permite, como el Carnaval.

3. Aún podría considerarse la existencia de un tercer calendario, también presente en muchos poemas, que recoge el ciclo de la actividad civil, social y profesional: el aniversario de la Primera República, el día del Trabajo, la Fiesta de la Flor en beneficio de los tuberculosos, el regreso de los estudiantes al pueblo, las aparatosas mudanzas vacacionales, la inauguración del año académico o del curso parlamentario, las representaciones de *Don Juan Tenorio* en torno al uno de noviembre, etc.

Todas estas temporalidades iterativas, escandidas con mayor o menor precisión por los ciclos naturales y sociales, se insertan en el tiempo rectilíneo de los acontecimientos periodísticos, siempre vario y siempre excepcional³⁹. E inevitablemente, la superposición de calendarios produce contaminaciones tales como la politización de los gatos, la carnavalización de las elecciones o la analogía entre el buñuelo y un ministro, tan desventajosa para este último.

Como ya se ha mencionado, entre 1917 y 1920 la editorial Renacimiento publicó tres volúmenes antológicos de las «Coplas del día» que previamente se habían publicado en *El Imparcial*. Antes y después hubo otras recopilaciones de poemas de Tapia y, de manera muy comprensible, en todas se excluyeron aquellos poemas cuyo contenido era más efímero, más dependiente del contexto concreto en que vieron la luz por primera vez.

Menos esperable era que se reordenasen los poemas –procedentes a veces de distintos años– para acomodarlos a un orden temático similar al del calendario, desde Año Nuevo hasta la Nochevieja. Pero lo más curioso es que, para desconcierto de bibliógrafos, los tres tomos de Renacimiento portan el mismo título: *Coplas del año*. También la cubierta es idéntica, e idéntico el pie de imprenta, exceptuando únicamente el año de edición. Al menos dos de ellos fueron publicados a finales de diciembre: esta característica, al igual que todas las anteriores, es sospechosamente compartida por los almanaques, lo que induce a pensar que las antologías de Tapia proponían una lectura intensiva y dosificada similar a la de aquéllos. Las coplas del año viejo podrían haber servido, pues, de almanaque para el año nuevo.

Los almanaques se pregonaban por la calle. Son muchas las semejanzas y los lazos que la poesía de Tapia mantiene con formas de la literatura callejera: escribió, como ya se ha dicho, pliegos de aleluyas; remedó el estilo de las coplas de ciego; fue el autor de la letra de varios cuplés, como el de «La niña “bien”»⁴⁰ o «Soy mujer», que probablemente fueron tarareados en parques, bulevares y balcones; dio cabida en sus poemas a los pregones callejeros, que no sólo ritman los meses del año, sino también las horas del día, desde el traperero o las burras de leche, en la madrugada, hasta las voces del sereno bien entrada la noche. Esos pregones –los «gritos de Madrid», como se los llamaba– eran, por una parte, la enunciación icónica de un viejo tópico costumbrista, pero por otra también eran una llamada de atención sobre los restos de una forma de vida claudicante.

Merece la pena tomar conciencia de la enorme cantidad de elementos temáticos, estructurales y formales procedentes del acervo popular que Tapia introduce de rondón en las planchas del diario. En ocasiones se trata de deudas contraídas con impresos volanderos de distinto género: aleluyas, romances de ciego o peticiones de aguinaldo. Muy frecuente es también la recreación de lo que venía siendo privativo de la literatura tradicional

oral: villancicos, acertijos, seguidillas, canciones de ronda y de trabajo, jotas, oraciones, vidas de santos (a lo profano), poemas de la tradición culta incorporados a la *mnemoteca* popular (como la «Oda al dos de mayo» o los fragmentos más recordados del *Tenorio*) y muy en especial las coplas, con las que llegó a identificar todo su quehacer poético⁴¹. A ello habría que sumar la adopción de moldes métricos conservadores, los abundantes coloquialismos y el empleo de recursos retóricos populares, tales como la paronomasia o la anfibología –mientras que evitaba las metáforas, que disocian significante y significado–. De todas estas maneras las «coplas» de Tapia –que no suelen ser coplas en sentido estricto– dan cabida en un medio de masas moderno y fundamentalmente urbano a toda una cultura tradicional cuyo cauce de expresión solía venir siendo oral o informal.

Debieron de ser numerosas las resonancias que esos poemas produjeron en un público lector que, si bien habitaba en grandes ciudades, aún se acercaba a la letra impresa desde el sustrato de una cultura próxima al mundo agrario. A pesar de que las «coplas del día» puedan parecer anticuadas o repetitivas leídas desde la tradición culta y vanguardista, resultan extraordinariamente originales si se proyectan sobre el horizonte de expectativas de aquellas clases populares madrileñas. Es probable que la gran aceptación de estos textos se debiera a que movilizaban mecanismos de interpretación y de identificación que estaban ausentes de productos literarios mejor considerados. El propio Tapia debía de ser consciente de esta clave de lectura, pues en bastantes ocasiones se identificó de manera explícita con el ciego que da al aire sus coplas, y el guitarrón del coplero acabó sustituyendo en esa caracterización ficticia a la lira de David⁴².

Al igual que ocurría con las coplas de ciego, existen testimonios de una lectura oral y comentada de los poemas de Tapia. Ya en 1912 Tomás Borrás escribía que sus chistes «corren en boca de todos»⁴³; en 1916 uno de sus horóscopos burlescos fue mencionado –pero no leído– en el Congreso

de los Diputados⁴⁴; el 10 de marzo de 1918 *El Imparcial* publicó su poema «Sigue la crisis», que, si hemos de hacer caso a lo asegurado en *El País* dos días después, fue declamado en casi todas las escuelas de enseñanza primaria de España. También sugiere una lectura colectiva el testimonio de Manuel Altolaguirre, a quien los operarios de su imprenta le preguntaban: «¿Ha leído usted hoy las coplas de Luis de Tapia?» (y confesaba Altolaguirre: «Nunca me atreví a decirles que no. Siempre le tuve envidia»)⁴⁵. Hay que suponer que fue en voz alta como unos amigos que tomaban café en la Casa del Pueblo de Mahón leyeron el poema de Tapia sobre la restitución de la Junta del Ateneo, antes de escribir un telegrama al poeta para participarle su entusiasmo⁴⁶. En la misma Casa del Pueblo, no mucho tiempo después, el fotógrafo Francisco Seguí dio lectura pública a la antología *50 coplas de Luis de Tapia*, y fue interrumpido varias veces por los aplausos del público, que era, por cierto, numerosísimo; comentando aquella lectura, un reportero anónimo confirmaba que frecuentemente una ocurrencia de Tapia deja el papel y «salta a las mesas de los cafés o en las peñas particulares de Ateneos»; por eso, añade, «la ciudad de Cartagena le ha concedido uno de los premios dedicados al periodista o escritor que más hubiese contribuido al derrocamiento del régimen»⁴⁷.

Tras saltar del periódico a los veladores y a los corrillos, después de ser traficados subrepticamente en maltratadas copias manuscritas, declamados en voz alta y aun cantados por cupletistas y milicianos, algunos poemas de Tapia se instalaron en la memoria, único receptáculo seguro durante los numerosos periodos represivos que padeció España a lo largo del siglo XX. Eso era lo que ya se daba por hecho en fecha aún temprana, después de que Tapia hubiera interrumpido su colaboración con *El Imparcial*:

¿Quién sabe si a la vuelta de algunos días, acaso mañana mismo, al llegar a la tertulia del café, nos alargaré misteriosamente un contertulio

algún papel cuidadosamente doblado, con indicación de que lo leamos en silencio, y nos encontraremos con una copia de versos que se sabrán de memoria muchos centenares de hombres y algunas docenas de mujeres, en los que adivinaremos la sátira de Luis de Tapia [...]»^{48!}

También por aquel entonces otros constataban que «[m]uchas caricaturas hechas por Luis de Tapia en una redondilla acompañan ya para siempre en el recuerdo público a no pocos políticos y a no pocos artistas»⁴⁹. Uno de quienes las aprendieron en su juventud fue el marqués de Hoyos y Vinent⁵⁰. Dos décadas después de la guerra civil, los versos de Luis de Tapia aún eran recordados y recitados «por los jóvenes de entonces que son hoy ya hombres sexagenarios»⁵¹. Uno de esos hombres era Tomás Álvarez Angulo, que había sido compañero suyo en *La Libertad*⁵²; otro, Luis Carandell⁵³; otro, Sebastián Miranda, cuya «claudicante memoria» conservaba todavía en 1973 el poema que Tapia le dedicó⁵⁴.

Muy poco se escribió sobre Tapia en la España franquista. Quien había sido celebrado durante años como el «poeta del pueblo» apenas representa un papel de figurante en las memorias de César González Ruano o en las de Rafael Cansinos Asséns (publicadas, como es bien sabido, mucho después de escritas). Sus poemas sólo se reprodujeron de manera aislada y excepcional en volúmenes como la *Antología de humoristas españoles* de García Mercadal, y ello a pesar de que Federico de Onís lo incluyera en su influyente antología de 1934. La excepción a la regla la constituye el benemérito Federico Carlos Sainz de Robles, quien no dejó pasar ninguna ocasión de recordar la importancia de Luis de Tapia: habló de él en *La promoción de «El cuento semanal»* y en su *Ensayo de un diccionario de la literatura*, lo reivindicó con insistencia en el prólogo a un volumen de Pérez Creus y, sobre todo, trazó su semblanza en *Raros y olvidados*, donde aseguró que antes de la guerra sus poesías habían sido el «primer desayuno

muy buscado por los españoles de la oposición [...] y también... por los otros españoles»⁵⁵. Lógicamente, tampoco omitieron su nombre quienes primero se ocuparon de la historia de la prensa de aquel periodo, ya fuera en obras monográficas como las de Arturo Mori, Antonio Espina y Pedro Gómez Aparicio, ya en diccionarios de periodistas como los de Manuel Ossorio y Bernard o Antonio López de Zuazo.

Más recientemente, Andrés Amorós ha reconocido a Luis de Tapia detrás del personaje Luis Muro, de *Troteras y danzaderas*⁵⁶; Serge Salaün le ha dedicado sagaces comentarios en *La poesía en la guerra de España*; José Esteban ha reconstruido su actuación como secretario del Ateneo de Madrid⁵⁷, y Andrés Trapiello ha evocado en *Las armas y las letras* el estremecedor relato de su muerte, para lo cual apeló al testimonio de Arturo Mori, que merece ser copiado algo más por extenso:

Luis de Tapia, el poeta satírico de la República sintió tan hondamente el derrumbamiento de las libertades españolas, que enloqueció y, conducido a un sanatorio, cerca de Valencia, terminó su vida acusando a la Compañía de Jesús de todos sus males, como un gran actor al final de un drama. Asistimos a su entierro muy pocos periodistas. Llovía copiosamente. El barro de la carretera sepultaba nuestros pies. La viuda de Tapia marchaba con el duelo, entera, apretándose el dolor contra el pecho. Y un colegio de niñas, vestidas de blanco, daba la nota original al cortejo⁵⁸.

ESTA EDICIÓN

LA presente antología quiere sumarse a los esfuerzos anteriores por acercar a Luis de Tapia al lector actual, en la certeza de que su vida y obra encierran importantes lecciones históricas y políticas. Muchas de esas posibles lecciones deben extraerse mediante la resolución de varias discordancias: la suya

es una poesía popular pero no folclórica; industrial en su modo de difusión pero tradicional en su confección; progresista cuando atañe a lo político, pero conservadora si trata de asuntos estéticos o culturales. Es probable, sin embargo, que el mayor desconcierto proceda de lo incomprensibles que resultan hoy muchos de estos textos, a pesar de provenir de una época que consideramos reciente y de la que hasta hace poco era fácil recibir testimonios de primera mano. Era el contexto preciso de publicación el que los dotaba de sentido y de comicidad, y es ese contexto el que he tratado de reconstituir en las anotaciones situadas al final del volumen.

Los poemas aquí reunidos no representan sino un 2,4 por ciento de la producción poética de Luis de Tapia (que no es *toda* su producción, pues también escribió numerosas colaboraciones en prosa). Puesto en el trance de escoger, he tratado de cumplir varios objetivos: representar todos los periodos de su producción, alternar los poemas sobre historia política con los de historia social, incluir ejemplos de reescritura de otros géneros y, desde luego, tener en cuenta el gusto de los lectores actuales, o lo que imagino que es el gusto de los lectores actuales. He dado preferencia a los poemas extensos y unitarios, excluyendo así otros, también muy abundantes, que se agrupaban en columnas misceláneas con títulos como «quisicosas», «quisicosillas», «noticias sueltas», «cabos sueltos», etc.

La selección resultante tiene una característica curiosa y no del todo voluntaria, que es la de proponer un repaso a la historia española del primer tercio del siglo XX desde una perspectiva que parece muy particular, y que sin embargo debió de ser muy compartida. Algunos de los grandes personajes y acontecimientos de ese periodo no merecieron apenas «coplas», mientras que a otros, aparentemente menores, Tapia les sacó punta una y otra vez, y sin duda sus lectores los tenían muy presentes. La Historia tal y como nos la cuenta Luis de Tapia queda lejos de la que nos proponen los relatos divulgativos actuales: también en eso estos poemas deben hacernos reflexionar.

En cuanto al establecimiento del texto, he corregido erratas evidentes y he normalizado la ortografía sobre todo en lo que atañe a la acentuación de monosílabos no diacríticos, hoy incorrecta («fué», «dió», «á», etc.); he respetado, en cambio, laísmos y leísmos, por ser marcas dialectales. He mantenido igualmente la ortografía original de los extranjerismos, aunque a menudo es errónea. Más delicada ha resultado la normalización tipográfica: Tapia –y en ocasiones quizá el linotipista– solía servirse de la cursiva para señalar dilogías, calambures, coloquialismos, barbarismos y expresiones idiomáticas; en cambio, hacía un uso recargado y poco sistemático de las comillas, que unas veces invadían el terreno de la cursiva, y otras se aplicaban de manera poco menos que arbitraria. He tratado de regularizar el uso de estas marcas y de acercarlo al actual, amparándome en los cambios que ya en vida de Tapia se operaron entre la versión en prensa y la versión en volumen⁵⁹. No he tocado, en cambio, las exclamaciones y los puntos suspensivos, cuyo abuso envejece mucho estos textos pero constituye un rasgo estilístico congruente y significativo.

No quiero terminar sin manifestar mi profundo agradecimiento a quienes me han ayudado en la realización de esta antología: a la Universidad de Lieja, que financió un proyecto de investigación sobre Luis de Tapia; a Alberto Diestro Zorrilla, que en el marco de ese proyecto localizó más de dos mil poemas y demostró una valiosa capacidad de iniciativa; y muy especialmente a Pilar Tapia Villalba, quien desde México no ha dejado de alentar y facilitar la investigación sobre su abuelo, sin poner condiciones de ningún tipo. Las últimas reediciones de poemas de Luis de Tapia las hizo su familia, en México, a mediados de los cincuenta; quiero creer que, medio siglo más tarde, esta antología española es una forma de retorno y de restitución.

ÁLVARO CEBALLOS VIRO